

rrido, sin respirar, ganosa de enterar a Rafael María de todo lo que a su juicio formaba la crónica escandalosa de esos lugarejos.

Rafael María no quiso oír más, se levantó vivamente, interrumpiendo a la relatora.

— ¡Jesús, qué poca caridad manifiestan tener las personas que acogen y propalan semejantes habladurías!— exclamó un tanto exaltado.— No crean ustedes que todo lo que la maldad echa a rodar y la perversidad aumenta, con el único objeto de envenenar conciencias, es verdad... Todos somos pecadores, y nadie debe erigirse en juez acusador... Roguemos por todos, y pidamos al señor un rayo de su luz.

Dijo, y con paso lento, y signándose devotamente, fué a su cuarto, con el alma rebotante de compasión hacia aquel pobre sacerdote que, él lo sabía bien, había rodado, como pedrusco despeñado, a las más profundas simas de la degradación humana.

— ¡Jesús, mil veces!— exclamó contrito — ¡Que yo no llegue nunca a ser vencido por el demonio!... que no caiga tan hondo, tan hondo, primero la muerte... y siempre ¡hágase, Señor tu voluntad!

* * *

Engracia había experimentado sentimientos encontrados desde cierto tiempo acá, y a pesar de su natural optimismo de niña ingenua y amo-

rosa, comprendía que las dulces y bellas ilusiones de su alma se desvanecían como ligeras nieblas a las primeras caricias de la mañana.

Emperó, en su alma había prendido la esperanza, con tanta fe, con tal ansia de vida, así como la yedra que se aferra a la roca desolada, que aún persistía en lo íntimo de su ser, y vivía, vivía nutriéndose en su misma desolación, por ese egoísmo formidable del sentimiento que quiere vivir, vivir siempre aún en la misma muerte. 14


10 La primera vez que vio a Rafael María viendo el hábito talar, comprendió que algo brutalmente fatal se interponía entre ella y él: que el panorama de bellísimos mirajes que por tanto tiempo había contemplado, se diluía, se esfumaba en un fondo de negrura, de desolación infinitas, y en medio de sus horribles dudas, de sus punzantes congojas, toda la rebeldía de su alma, intensamente amorosa, se erguía, como en actitud de reto, de lucha. ¡Ay! que el corazón es tumba muy estrecha para sepultar en él un cielo: la esperanza. 12

11 A veces pensaba ella en olvidar, olvidar, desistir...; pero... desistir, de qué? de sentir... de pensar?... de vivir?... No, no era posible. Para anular aquel amor, sería preciso anular la vida, por que sentía en él, pensaba en él, vivía por él... Entonces? 10

Todos estos sentimientos azotaban el espíritu

de la amorosa, probablemente con las incoherencias de raciocinio inherentes a una muchacha de su edad y de su medio. Por las noches, cuando en la soledad de su cuarto se revolvía en insomnios que iban siendo ya crónicos, al extremo de resentir su excelente organismo, mientras él dormía allí cerca, en el mismo cuarto de antaño, bajo el mismo techo, ¡ay!, pero sin la alegría del amanecer, es decir, de aquel amanecer de sus ojos hondos y tristes, que se iluminaban con gloriosos destellos cuando le saludaba: «Buenos días, Engracia».

Pero ahora, había cierta reserva que los distanciaba, que los dividía. Ya no solían dar sus pequeños paseos como antes, conversando alegremente por los senderos solitarios, al caer la tarde. Cierta que pasaban algunas horas juntos conversando amigablemente de muchas cosas, que reían, y hasta algunas inocentes bromas se cruzaban como maripositas blancas que aleteaban un momento y desaparecían después sin dejar ninguna sensación en el espíritu. Él continuaba tuteándola a ella, pero ella no lo tuteaba ya: le decía *usted*, sin duda por el respeto a aquella personalidad que se iba vigorizando, consolidando, ¡ay! en lo que había sido el amigo de su infancia, de su pubertad, en el amigo de sus gratísimos recuerdos que se transformaba en otro sér, que se alejaba, y, ¡oh! tristeza, ¡que perdería para siempre.



Y él se dejaba decir de *usted*, sin una dulce protesta; por eso que parecía un enfriamiento de su intimidad, un alejamiento de tantos recuerdos, ahora doblemente queridos por la lenta agonía que experimentaban.

* * *

Al día siguiente el Padre Juan rezó su acostumbrada misa, ayudado por Rafael María, como otras veces, quien se mostraba gozoso al colaborar en el oficio divino, con aquel virtuoso anciano que resplandecía frente a las luces del altar, transfigurado de santidad, envuelto en una blancura eucarística. Quedábase Rafael María embebido mirando al Padre Juan, revestido con los sagrados ornamentos, ya lamentable por el trajín, pero que a veces le parecían refulgir como tisúes tejidos por ángeles. Por la nuca, sobre la casulla, caían los mechones blancos del Padre Juan, y miraba aquel semblante, de color marfileso, con una piedad profunda: las sienes hundidas así como los carrillos, y la nariz recta, afilada, con esa delgadez que hace pensar en los cadáveres hieráticamente tendidos en las cajas mortuorias; y Rafael María daba riendas a su imaginación, pensando en aquel noble anciano a quien sólo sostenía, apegado a la costra terrestre, su gran fervor y su inmensa caridad. Aquel anciano era sólo espíritu, un espíritu que mantenía la *cáscara* precisa, apenas indispen-

sable para el cumplimiento de sus funciones fisiológicas, un espíritu que terminaba gloriosamente su ciclo terrestre, en maravillosa evolución ascendente hacia arriba, hacia el *todo uno* de donde procedía y al cual volvía llevando una conciencia depurada, glorificada en una vida de amor, de caridad y de sacrificios.

47 Por un fenómeno de óptica muy frecuente, cuando se mira con insistencia a un punto determinado al/rededor del cual se origina algún movimiento, Rafael María miraba la cabeza del Padre Juan, al frente de las luces del altar que parpadeaban débilmente, en movimiento apenas perceptibles, subir, ascender lentamente, y con ella todo el altar, como envuelto en una nube dorada que resplandecía; y seguía mirando arriba, siempre arriba, pero ahora, con mayor admiración. Sobre la cabeza del venerable sacerdote volvía a ver el halo luminoso, suspendido, como a cinco centímetros, que irradiaba con una luz blanca, tal como él lo había visto pintado en los cuadros de los grandes místicos.

El Padre Juan se volvía de cara al pueblo: «*Domínus Vobiscum*»...

Rafael María no contestó según el ritual, tan embebido se hallaba en aquella visión. El halo que el contemplaba sobre la cabeza del sacerdote, era real, efectivo. La había visto girar en su posición de plano inclinado sobre el occipu-

cio, y ya de frente el anciano, pudo contemplar apenas un pequeño sector.

Lágrimas de admiración y de piedad brotaban de los ojos de Rafael María, y rodaban por sus mejillas; tan olvidado estaba de su persona, que después del ofertorio, el Padre se volvió a su ayudante, sonriente y extrañado, y tuvo que hacerle una señal para que acudiese a su lado.

Pasada la misa, Rafael María ayudó a desvestir al Padre Juan, y luego, llevado por su amor y su admiración, abrazó al anciano y lo besó repetidas veces en la frente.

El Padre Juan, emocionado también, correspondió a aquellas muestras de cariño a las que ya se hallaba acostumbrado, y un rato después preguntó a Rafael María, en tono jovial:

—Te distrajiste, hijo, después del ofertorio?...

—Sí, señor—contestó Rafael María humildemente—; con frecuencia tengo visiones tan bellas cuando estoy al lado de usted, que me parecen verdaderos éxtasis/

Rafael María refirió entonces, todo emocionado, la visión que había tenido durante una parte de la misa. El Padre Juan le oyó sonriente, y, dando un suspiro, repuso moviendo la cabeza negativamente:

—Ay, hijo, visiones de tu fantasía son esas. Pecadores como yo no tienen esos favores del cielo. ¡Trabajemos por alcanzarlos!

Rafael María preparaba su regreso a San José; debía salir el día siguiente, y Engracia lo ayudaba a reunir los efectos que debía guardar en la maleta.

Sobre la mesa había algunos libros y prendas de vestir que ella le iba dando, y que él colocaba cuidadosamente en los compartimientos de la valija.

Mostrábase reservado, y cuando miraba a Engracia, le sonreía dulcemente como cuando se quiere suplir, con ese acto, palabras que no se quieren pronunciar.

Él había evitado presentarse en público acompañado de Engracia, por un cierto respeto *al que dirán*, y se había hecho cargo, desde luego, que su nueva condición le imponía sacrificios que ya él había aceptado de antemano.

No obstante, solía tener conversaciones un tanto íntimas con su amiga, pero sumamente cuidadoso de no incurrir en acción alguna ni en decir palabras que pudieran acrecentar el amor que él bien sabía le profesaba Engracia. Acariciaba, en sus noches de vigilia, que también tuvo, la ilusión de transformar todo el amor que por ella sentía, en un apacible sentimiento de hermano: tener un pecho amado, una persona querida a quien confiar ciertas penas, hallar un alma gemela de la suya, para pasar por el *terial* de la vida con algún amable sentimiento en el alma, que la refrescara

como manantial de agua pura, que no deja sedimento alguno en la copa que se escanciaba. Fuerte en esta resolución, evitaba, con sumo tino, caer en ciertas conversaciones que exaltaban su exquisito temperamento, y parecían abrir la compuerta del torrente que sentía bullir en su alma.

Él no había hecho partícipe a Engracia de esos propósitos; pero pensaba que ella discurría de la misma manera, y que ese acuerdo tácito de sus voluntades se establecería entre sus corazones, sin necesidad de pacto previo que no era posible, así lo pensaba, tratándose de una muchacha de los sentimientos de Engracia.

Él sentía la necesidad de sustituir aquel amor, tan hondamente arraigado en su alma, con otro sentimiento que llenara su cauce; ni siquiera había hecho el propósito de dejarlo vacío; eso escapaba a la percepción de su psicología sensoria.

Ser triste, a causa de la ~~escuela~~ ^{secuela} de su orfandad, necesitaba una sombra, un árbol, un arriño, que su temperamento creyó encontrar en la carrera eclesiástica, seguida con tanta ecuanimidad, con tanto celo, sin darse cuenta de que el amor místico, al cual se entregaba lleno de fe, era un factor que excitaba aún más sus condiciones anímicas.

La eterna lucha, la eterna historia de los grandes ascetas.

Rafael María preparaba su valija, y mientras sus manos se ocupaban en ese trabajo, su espíritu divagaba en aquellas reflexiones que le sugería el estado de su ánimo.

De su abstracción vino a sacarlo la voz de Engracia, que le preguntaba tímidamente, mirándole a los ojos:

—¿Este libro, lo dejo afuera?

El tomó el libro y lo abrió en el lugar en que había algún objeto que servía de señal. Una flor seca, amarillenta, completamente aplastada, apareció entre las hojas.

Engracia sonrió, con honda satisfacción, al reconocer que aquella flor era un clavel blanco, y con admirable intuición «que es un sentido que *se abre hacia adentro*, como los sentidos corporales *se abren hacia afuera*» reconoció, en aquella flor aplastada y reseca, el clavel blanco que ella le había enviado a San José, hacía más de tres años, como cariñosa primicia de las plantas que juntos habían sembrado en el jardinillo de la casa.

—Eh!— exclamó la amorosa jovialmente, tomando la flor por el residuo del tallo que aún conservaba —. ¡Una florecilla seca! ¿Para qué guarda *eso*?— e hizo ademán de tirarla.

—No la tires — profirió tomando, de manos de Engracia, la flor y volviéndola a colocar en su sitio—. Es un recuerdo tuyo... que aprecio. Me parece que estas cosas insignificantes tie-

nen algo de nuestro sér, que no deben morir— terminó él, francamente, sin mirar a su amiga, que contemplaba, agradecida, a Rafael María.

Una cosa tan delicada, tan frágil... ¡Cómo se ha conservado tánto tiempo! — apuntó ella, con la mayor naturalidad.

—Y durará más que nosotros, que no somos más que barro y miseria... — y continuó, cambiando de tono: — Eso déjalo; por la mañana lo pondré en la valija... Gracias, por tu buena ayuda.—En ademán de amistoso cariño alzó la mano para hacerle una caricia, mas la retiró en seguida medroso y arrepentido. Ello le había ocurrido más de una vez, en ciertos momentos en que su natural expansión deseaba manifestarse como antaño, a la dulce amiga de su alma; pero la conciencia de su estado surgía de improviso, y su adusta inflexibilidad mataba en seguida, con golpe de mazo, aquellas inocentes intenciones, porque Engracia, la chiquilla a quien solió besar fraternalmente, se había convertido en hermosísima moza, ~~de tendencias admirables y tentadoras.~~

181
+ Ya él había notado la espléndida florecencia de aquella juventud, que se adornaba con todos sus excelsos atributos y que hablaba a su alma un lenguaje completamente desconocido, que halagaba los sentidos con una música lejana, más bien adivinada que oída, semejante a la nebulosa penumbra de un sueño que

en vano pretendía aprisionar en las redes sutiles de la memoria.

Engracia salió de la habitación lentamente, tranquilamente; alejándose, feliz y satisfecha de haber sido útil a Rafael María unos cuantos minutos, de haber estado allí a su vera, tocando sus ropas, alisando las camisas y colocando todos aquellos objetos compañeros inseparables de su amigo, con pulcritud cariñosa, y gozando, de antemano, con la idea de que Rafael María se acordaría de ella cuando él, de regreso en el Seminario, los extrajera de la valija.

Él la veía alejarse contenta, a pesar de haber sido despedida afablemente, después de terminada aquella operación preliminar del viaje, de aquel viaje que probablemente sería el último, puesto que muy pronto él llegaría a la terminación de su carrera, y entonces...

Aún no le había hecho el presente de la medallita que allí tenía, en el bolsillo del pantalón, en espera de los últimos momentos, para evitar, por algunos días, las muestras de agradecimiento de su amiga. Hasta pensó en dejarlo con Tanasia, pero desistió de ello. Le parecía algo así como una concesión al miedo de aquellas miradas radiosas y llenas de dulzura, y un sentimiento de orgullo, de su dignidad de hombre virtuoso y fuerte, le resolvió.

Con voz un tanto velada por la emoción, llamó a Engracia.

Ella volvió el rostro, vivamente, y regresó tranquila, mirándole fijamente a los ojos, como se miraría una visión adorada, con el temor de que se esfume rápidamente...

—Quería ... —dijo él, sacando la mística joya con mano temblorosa—; quería, antes de irme, dejarte este regalillo, que si algo vale es por la Virgen que representa y que quiero te acompañe siempre.

La faz de Engracia irradió de alegría, y, ruborizada, tomó la medalla, hondamente agradecida, y la contempló sonriente.

—Ay, qué linda!—exclamaba—Esto es demasiado bueno para mí. Cuánto le agradezco este recuerdo.

Quiso guardar la joya en el seno, pero él repuso.

—No, pónitela de una vez, y que nunca se separe de ti.

Engracia, poco experta, no atinaba a abrir el pequeño broche, y entonces él la ayudó a colocar la cadena en el cuello, con suma delicadeza, tocando apenas los cabellos que se desbordaban por la nuca tupidos y rebeldes, y que exhalaban ese misterioso olor, ese perfume inexplicable de recién pasado baño, tenue olor de axila joven; condensación sutilísima de esas emanaciones exclusivamente elaboradas por la hembra, y que podrían llamarle el perfume de la voluptuosidad.

Rafael María no pudo recordar después si la operación de ceñir la cadena al cuello de Engracia duró mucho o poco tiempo. Fue, aquella, una embriaguez de sus sentidos, pasajera como aspiración saturada de éter, que paralizó todas sus facultades. Había tomado con sus dos manos la flamante cabellera de Engracia, y hundido la faz en ella, aspirando con ansias, embriagándose en aquella posesión de su perfume.

Engracia dió un paso inadvertidamente, y entonces él soltó la cabellera, maquinalmente, y sin saber lo que decía exclamó:

—¿Qué bien huele!

—Sí, agua de la pila—repuso ella riendo.

—Entonces tu cuerpo la perfuma.

Ella salió de la habitación, radiante y feliz, y él permaneció en el mismo sitio, sin darse cuenta de nada, hasta que una reacción de su conciencia vino a despertarlo a la realidad.

—¡Señor, Señor!—exclamó pálido por la emoción, experimentando la amargura de un remordimiento, quizá el primero que ensombrecía su alma, después de tanto tiempo. Atravesó la puerta de su cuarto, como quien huye de sí mismo, atrancó la puerta, y tomando un libro de oraciones, leyó, leyó largo tiempo algunas páginas, cuyo texto es probable que no entendiera.

La despedida de Rafael María al día siguiente,

12
revivió la pena de los habitantes de la casa cural, y no fué menor la suya cuando abrazó, cariñosamente, al Padre Juan, derramando un mar de lágrimas.

—Ve, hijo mío, que Dios te acompañe, y pídele que me preste vida para ver la terminación de tu carrera — dijo el Padre, abrazándole estrechamente.

Un rato después Rafael María cabalgaba por la carretera, seguido del chico mandadero, que le había sustituido en el servicio de la casa cural, que conducía la maleta.

Al llegar al recodo del camino, Rafael María miró hacia su querido campanario, y envió su postrer adiós a Engracia, que ahora, como antes, permanecía en medio del camino, agitando al aire su pañuelo húmedo por las gotas de su llanto.

XX

La ordenación sacerdotal de Rafael María tuvo lugar algunos meses después en la Catedral de San José.

El acontecimiento revistió cierta importancia; el nombre del nuevo sacerdote era conocido en la capital, y citado como un modelo de virtudes y de inteligencia, no exento de esa novedad con que la gente revestía el hecho de que un pobre y desvalido muchacho del pueblo hubiese dado cima, de manera tan brillante, a la carrera eclesiástica.

Días después, cuando Rafael María celebró la primera misa cantada, quiso, por un profundo sentimiento de gratitud, que su padrino *ñor* Ignacio, aquel excelente campesino que había atendido a su carrera, fué también su padrino en aquella festividad, junto con el Padre Juan, que, a pesar del mal estado de su salud, había podido efectuar el viaje, sostenido por la enorme fuerza de su espíritu.

Ñor Ignacio ocupó su puesto vistiendo el clásico traje, que ya va siendo raro, del campesino acomodado: chaqueta y pantalón de paño negros,

camisa muy blanda, faja de redecilla de seda roja a la cintura, y horro de corbata y zapatos, pues siempre fué enemigo acérrimo de este último aditamento, que suponía incómodo e impropio para las faenas a que vivía dedicado, y la corbata era para él una ostentación ridícula, cuya utilidad no logró explicarse nunca. En cambio, con lo que pagaba por un ~~jipi-japa~~ habría podido comprar diez pares de zapatos no malos, y algunas docenas de lazos con que adornar el cuello de la camisa.

Cuando apareció en el presbiterio así trajeado, con los pies desnudos sobre las alfombras, hubo en el auditorio una sorpresa muy general, pero esa sorpresa se trocó bien pronto en un sentimiento de piadoso cariño hacia la humildad del nuevo sacerdote, que muy bien habría podido hacerse apadrinar por persona de más alta jerarquía social y política.

—Es el papá —decían algunos, por lo bajo.

—No, si el *padrecito* es huérfano... Dicen que su padre murió en el presidio.

—Pero ahí donde lo ven descalzo, puede comprar una fábrica de calzado—agregó un tercero.

El altar resplandecía de luces y de flores; los oficiantes iban y venían en los trajines de la liturgia; el incienso subía en azules espirales, y las armonías de una orquesta se desgranaban, sonoras y triunfales, provocando ese ardor fervoroso que parece llevar a la conciencia de cier-

tas multitudes un sentimiento de aplastante grandeza.

El grupo principal, el oficiante y sus dos padrinos, era el centro, el objetivo de todas las miradas. Rafael María, lleno de unción, con aquel porte lleno de cierta humilde majestad, era interesante. El Padre Juan, macilento, los escasos mechones blancos, de blancura lilial, que caían sobre su nuca como una aureola; con aquella faz en que la dulzura y la bondad habían estereotipado la expresión más alta de sus virtudes, era el tipo del asceta que vive muriendo de piedad y de amor, figura arrancada de algún viejo y empolvado cuadro de antiguo monasterio.

Hubo el sermón de estilo, bella pieza oratoria, pronunciado por un sacerdote belga recién llegado a este país, que conmovió al auditorio profundamente, cuando, en una ligera e incidental ojeada, hizo referencias a su patria, cruelmente despedazada por el carro de guerra del invasor teutón. Fue ^{1e} aquel un bello discurso, vibrante, constelado de bellísimas imágenes, de una estética impecable, hondamente sincero.

Y terminó la misa, y la muchedumbre abandonó el templo.

* * *

En casa de una buena y vieja amiga de *ñor* Ignacio, se había preparado un almuerzo que estuvo a la altura de las circunstancias. Asistieron, además de los dos padrinos, algunos señores canónigos, condiscípulos de Rafael María, y ciertos allegados a esos personajes.

El Padre Félix y el Padre Martín no faltaron tampoco, invitados por el Padre Juan y Rafael María, y fueron de los primeros en sentarse a la mesa, charlando alegremente y bromeando con sus colegas.

El Padre Félix parecía el mismo de siempre; sin embargo, a veces notábase un tanto taciturno y pensativo. Las arrugas de su frente parecían hondos surcos, casi siempre plegados, como contraídos por dolorosa gestación que la hacían ensombrecerse.

Hay frentes que reflejan la angustia del alma así como las hay que brillan de lealtad y de altivez.

Parecía un poco más grueso; el robusto cuello se destacaba vigoroso, acusando su temperamento sanguíneo, y la nariz roja y el rostro abotagado indicaba a las claras los excesos alcohólicos en que había caído hacía mucho tiempo. Las sienes blanqueaban ya, y el cabello empezaba a presentar algunas canas en aquella cabeza de contornos recios, donde las agudas orejas de un sátiro completarían la simetría fisiológica.

El Padre Martín parecía más delgado, un tanto jiboso, probablemente de resultas del incidente de marras, que pareció curarle de ciertos desmanes.

Hablaban entre sí, a veces, animadamente, como viejos camaradas, y hacían honor a los platos y en especial a los vinos, del cual vaciaban vaso tras vaso, sobre todo el Padre Félix, que parecía conservar sus excelentes condiciones de gastrónomo refinado.

No faltaron tampoco algunas damas, como nota de expansiva cordialidad, que alegraban la fiesta, y en más de un punto de la mesa, la sotana de paño negro estuvo en amable consorcio con las faldas de bullicioso tafetán.

Una morena de ojos negros, pizpireta, que no se anduvo con remilgos para mirar con frecuencia el fondo de su vaso de borgoña, en un momento de expansión irreflexiva, dijo a su amiga de la izquierda, en tono de confidencial arrebatado, refiriéndose a Rafael María:

—Lástima, verdad, que se haya ordenado. Tan guapo, qué ojos!

Lo cual quiso la desgracia que fuese oído por el vecino que estaba a la derecha de la dolorida morena, que era un curita más alegre que unas castañuelas, y del que se contaban ya algunas aventuras nada edificantes.

En tono meloso y acercándose al oído de su vecina, repuso con descaro:

10 ¿Por qué lástima?... ¿crea usted que Rafael María tiene corazón como todos los mortales — y soltó una risotada.

La morena hizo un mohín, y también rió, co-deando a su amiga, con disimulo, entablándose, con tal motivo, un íntimo cuchicheo entre las dos convidadas, que subrayaban con risitas impertinentes y maliciosas...

Enfrente se hallaba otro señor sacerdote, cura de una parroquia cercana a la capital, que había notado el incidente y que creyó oportuno meter baza, en su afán de parecer liberal y despreocupado en esta clase de *flirteos*, que eran su gran debilidad, sobre todo si se trataba de señoritas de alguna consideración; apresuróse, pues, a tragar lo que masticaba, y dirigiéndose a su colega de enfrente, llamando la atención a las dos amigas, para hacerse oír, dijo a su colega:

—Y sobre todo, ahora que, según parece, su Santidad Benedicto XV expedirá un breve, permitiendo el matrimonio a los clérigos...

—Cierto— repuso el curita alegre—; ninguna medida más oportuna para repoblar el mundo, ahora que ~~según parece~~ los hombres van a escasear... En Europa mueren millones, y...

Las dos amigas tuvieron el buen juicio de aparentar, que no habían oído aquellas impertinencias, y se levantaron de la mesa imitando a algunos comensales que ya habían empezado a hacer lo propio.

Los dos curas se miraron con ojos encandilados, y después de reír estrepitosamente, vaciaron el contenido de sus vasos.

* * *

Dos días después el Padre Juan, regresó a su curato de San Roque, acompañado del padrino de Rafael María, que reventaba de satisfacción y de orgullo pensando que a sus expensas aquel pobre muchacho, abandonado y huérfano, a quien recogiera caritativamente en su casa, había terminado una carrera, que según él constituía el sumum de la más noble aspiración humana... ¡Y, qué sabía él?... Tal vez un futuro obispo... ¡Un príncipe de la Iglesia!

Engracia no había querido venir a San José a la ordenación de Rafael María, y prefirió quedarse en San Roque, con la vieja Tanasia, al cuidado de la casa.

Algún tiempo después a Rafael María le fue asignada la coadjutoría de una parroquia de la capital, y allí empezó a darse a conocer como un verdadero ministro del Altísimo, por su vida activa y ejemplar.

Experimentaba un sentimiento de honda satisfacción, al verse ya ordenado, como aquel que llega a dar fin a una empresa que le ha costado inmensos sacrificios, y habíase acomodado, sin grandes luchas y sin dolores, a la vida de estudio, contemplación y retraimiento que le

imponía su estado. Vivía feliz, satisfecho en la gran calma que llenaba su espíritu, y su gran fe, siempre creciente, parecía llevar a la conciencia la plena confianza de su invulnerabilidad en las batallas de la vida, para luchar las cuales se aprestaba valiente y decidido.

i/u
A veces, después de sus asiduas lecturas, en la soledad de su cuarto, quedábase meditabundo, analizando, haciendo minuciosa disección de lo que había leído, y su pensamiento profundizaba, fuerte y atrevido, en las más graves especulaciones metafísicas. En cierto momento le parecía encontrarse con grandes lagunas, vacíos inmensos que no podía colmar por más que razonaba y profundizaba, y esas mutilaciones, y esa falta de lógica concatenación en las doctrinas que le ocupaban, en los problemas que estudiaba, en los dogmas que de antemano había aceptado, por obediencia, más que por su propia convicción, le entristecían, lo dejaban suspenso, en mecidas vertiginosas, como un enorme péndulo que oscilara sobre el tenebroso vacío de un abismo, sobre el cual tendía el cable salvador de su ortodoxia a sabiendas, y esto era lo que más le mortificaba, de lo convencional, de lo artificial del recurso.

Frecuentemente solía consultar esas dudas con sacerdotes ilustrados, con quienes mantenía conversaciones privadas, confidenciales, que con frecuencia llegaban al muro, al eterno muro

que alza la fe, entre el libre examen que quiere, y la verdad que no por oculta o desfigurada deja de serlo.

Y él salía de esas conferencias con las mismas ansias de verdad que allí lo llevaran. Espíritu noble, creado en el sufrimiento, abierto a la justicia, a la verdad, de alta inteligencia sabiamente cultivada, sentíase ~~relacio~~ para aceptar, a ojos cerrados, mucho de aquella ermeneútica que le *mandaba creer*, creer siempre, aceptar aquellas verdades que lo eran de manera convencional y acomodaticia.

Leía después con más frecuencia a los doctores de la Iglesia, y poco a poco fue acallando ciertas pequeñas dudas, ~~colmando~~ aquellas ~~lagunas~~ ^{lagunas,} conformándose con *creer*, así como los otros creían, a pesar de que íntimamente, en lo más oculto de su alma, se alzaba este razonamiento:

—La verdad es una, existe por su misma naturaleza, y resplandece siempre como atributo divino; mistificarla u ocultarla no es destruirla... Ella perdurará siempre, vibrará eternamente, por obra del verbo: luz inmanente de la sabiduría divina.—Mas, luego, sentía una especie de remordimiento, y exclamaba lleno de unción y pleno de misticismo:—Creo, creo en los sabios mandatos de Dios y de la Iglesia...—Y algunas paletadas de ceniza ocultaban las áscuas ardientes.

Y pasaron días y meses, y su primer año de sacerdocio, sin que su alma, llena de fervor cristiano, llorase avergonzada falta alguna, ni ~~sentirse~~ *se sintiera* mancillada por obra o pensamiento pecaminoso.

Su vida, salvo aquellos desfallecimientos en sus estudios, habíase deslizado tranquila en medio de sus ocupaciones habituales.

Una noche, cuando terminadas sus oraciones disponíase a descansar, recibió un telegrama de San Roque: «El Padre Juan grave, venga » en seguida. *Engracia*».

Aquella noticia lo conturbó tristemente, por más que la esperaba hacía tanto tiempo; una vez llegada, lo sorprendió dolorosamente con la rudeza brutal de la realidad. Lloró largamente y se desesperaba de no poder salir inmediatamente para San Roque, de tener que pasar una horrible noche de incertidumbre, para llegar tal vez demasiado tarde y no recoger el último suspiro, la última mirada de aquel viejecito que se moría de amor y de dulzura.

Anegado en llanto, dejóse caer en su reclinatorio, y allí pasó más de media noche en oración.—Dios mío—clamaba, dolorido—, préstale la vida, que lo vea morir en mis brazos!

Cerca ya de la madrugada, arregló su maleta apresuradamente, y dejóse caer vestido en el lecho. ¡Qué eterna noche! ¡Cómo pulsaba en la soledad de su cuarto los instantes que se iban, que se iban tan lentamente, rasgando su corazón de impaciencia y de dolor!

Cerró sus ojos al piadoso sueño, pero no la fuente de sus lágrimas, que seguía brotando a intervalos: rodaban por sus mejillas y caían en la almohada, en copioso riego.

Despertó azorado, cuando una leve y tímida luz acariciaba los cristales de una ventana que daba al patio; tomó un rápido baño frío, y despertó al sacristán, que dormía a pierna suelta y dejó el lecho bostezando ruidosamente para ir a tocar a misa.

Los vecinos piadosos de la parroquia extrañaron aquel domingo el madrugar del cura, y aprovecharon la ocasión para cumplir con el precepto de la Iglesia.

Rafael María rezó su misa por el Padre Juan, y no pasó inadvertido para los fieles la unción con que el Padre oficiaba, ni las lágrimas que con frecuencia rodaban por sus mejillas.

—Es un *santico*—decían dos viejecitas de la vecindad, que adoraban a Rafael María —; llora de puro fervor. ¡Dios lo conserve así!

Una hora después, Rafael María se encaminaba a la estación del ferrocarril, acompañado del cura de la parroquia, que quiso ir a despedirlo, haciendo votos por que los deseos del estimado coadjutor se cumpliesen.

—Ánimo, hermano mío—díjole aquel buen sacerdote al despedirlo—. Hay que preparar el alma para estos baños de amarguras, y aceptar lleno de reconocimiento los designios del Señor.

XXI

Rafael María encontró al Padre Juan en un estado de summa postración. Al entrar en la modesta habitación en que yacía el anciano, éste se incorporó penosamente.

—Gracias sean dadas al Todopoderoso, que me ha concedido la vida para abrazarte antes de dejar este valle de lágrimas. ¡Gracias, hijo mío!

Ahora, que se cumpla la voluntad de Dios—exclamó con voz débil y entrecortada.

Rafael María no pudo articular palabra; cayó de hinojos a la orilla del lecho, y tomando las manos de su bienhechor, las inundó de lágrimas y besos. Así estuvo largo rato; en la estancia no se oían más que los sollozos ahogadores de angustia, que estallaban en el pecho del recién llegado como una tempestad de dolor.

El Padre Juan posó después su diestra en la cabeza de Rafael María, y sus labios se agitaron musitando una oración. Después, un poco más tranquilo, con voz dulce y reposada, dijo:

—Por qué te afliges en este gran día? Hoy

nazco a la verdadera vida, si la voluntad de Dios es servida de quitarme, como lo espero, el fardo que he llevado a costas tantos años. Te aflige mi descanso, crees que no lo he ganado?

Rafael María no contestaba, seguía sollozando; en vano trataba de serenar su espíritu tan contristado ante el fin de aquella vida gloriosa y llena de virtudes y de sacrificios, que se extinguía en medio de aquella calma venturosa, plena de majestad y de grandeza.

A instancias del Padre Juan, se levantó un poco más sereno, y pudo, por fin, mirar el semblante del anciano, que apenas había entrevisto, ofuscados como estaban sus ojos en la penumbra de la estancia.

La cabeza reposaba mayestática sobre la almohada, las sienas y los carrillos hundidos; Rafael María tuvo la visión de una calavera cubierta por una piel apergaminada sobre la cual sobresalía en arranque vigoroso el cabellete de una nariz larga y afilada; pero una vez alejada esa idea fúnebre, que se impone casi siempre a la vista de un moribundo, notó después, con un íntimo y triste placer, que sobre aquella piel rugosa, sobre aquella faz cadavérica, se ostentaban los colores de una juventud espiritual que había florecido casi ochenta años, y que, además, irradiaba una dulce, apacible serenidad, como si una luz ce-

lestial dejara caer en ella, por un prodigio divino, la lluvia de sus destellos.

Rafael María abandonó la estancia, breves momentos, para ir a su cuarto a asearse un poco, y a despojarse de las polainas y espuelas, que aún conservaba, en el natural olvido de todo otro detalle que no se relacionase con el Padre Juan. Apenas había saludado a Engracia que, como siempre, le esperaba ~~en~~ en la calle, frente a la casa; Rafael María se había acostumbrado de tal modo a que ella fuese la primera persona a quien veía cuando llegaba, y la última que dejaba de ver cuando salía, que habría llamado fuertemente su atención si alguna vez esa simetría de los hechos se hubiese roto, por algún motivo. Era una cosa tácitamente aceptada, que se cumplía muy naturalmente.

Cuando regresaba de su cuarto, se encontró en el corredor con su padrino, que también había sido llamado.

Se abrazaron efusivamente, y pasaron a la sala unidos en un mismo sentimiento de pena ante el grave estado del enfermo, y para dar los primeros pasos a fin de que todo estuviese dispuesto para el temido desenlace.

Aquel excelente campesino empezó luego a dictar sus disposiciones y a atender con largueza a los gastos precisos, y Rafal María se instaló en el cuarto del enfermo del cual no salía sino muy rara vez.

Allá, cerca de una ventana, que apenas entreabría, leía su breviario o sus libros preferidos, levantando la vista de vez en cuando, para mirar al Padre Juan, que, sumido en letárgico sueño, parecía dormir con la tranquilidad de un niño; mas, en cuanto el Padre tosía, o lanzaba algún suspiro, acudía solícito y le dispensaba toda clase de cuidados y atenciones, que hacía exclamar al venerable sacerdote sus excusas por las molestias que creía causar.

—Estoy bien, hijo, no te molestes... Ten paciencia que ya esto durará poco... A las doce, hijo mío, a las doce espero dormirme para siempre...

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Las cuatro, contestó Rafael María afligido por aquella designación de la hora fatal que el Padre Juan indicara como la última de su vida.

—¿Todavía!—exclamó con acento de disgusto; y luego resignado:

Hágase la voluntad de Dios!

Engracia entró al cuarto trayendo una tacita de caldo, que ella misma había preparado cuidadosamente, y sentándose a la vera del Padre Juan, preparábase a darlo con su propia mano.

Rafael María acudió solícito, pero Engracia le contuvo, resuelta, con un ademán.

—No, señor, yo también quiero servirle... Váyase a comer que lo aguarda *fior* Ignacio.

Rafael María se excusó, no tenía gana; si acaso, una tacita de café que tomaría allí mismo.

Quedóse sentado, mirando, con ojos de agradecimiento, como Engracia le daba al Padre Juan pequeñas cucharaditas de caldo que aquél tomaba a sorbos, con la delicadeza y expedición de una enfermera. Cuando alguna gota quedaba en la barbilla del Padre Juan, ella solícita le limpiaba la boca con una servilleta que tenía a prevención.

—Ya verá, señor — decía Engracia con suave voz —, ya verá como usted se va a poner de fuerte... Entre una hora vuelvo a darle otro poquito... y después otro, hasta que lo veamos, Dios primero, dejar la cama... ¡Este caldito es milagroso!

c/s
 —Tan mal me quieres, hija?... No, esto se acaba... A la media/noche... Sólo deseo que el Señor me llame a su infinita misericordia.

—Hay que abandonar esas ideas tristes, señor—interrumpió Rafael María—, y dar gracias al Todopoderoso por sus mercedes, y que viva, que viva para nosotros y para gloria de Dios.

—¡Ideas tristes? — repuso el anciano — ...
 ¡ Ay, hijo, si supieras el gozo íntimo que inunda mi alma!... Sólo siento no poder abrazarlos, y llevarlos sobre mi pecho... allá, lejos de este valle de lágrimas...

Rafael María guardó silencio; quedóse mirando a Engracia que continuaba dando el alimen-

to al Padre Juan. Por las mejillas de la muchacha resbalaron tranquilamente dos lágrimas cristalinas que cayeron en su regazo.

¿Qué clase de ideas, qué sentimientos se agitaron en la conciencia de Rafael María al mirar el mudo dolor de su amiga, derramar aquel rocío de su alma, como ofrenda anticipada a aquella tumba que presto se abriría?

¡Quién sabe! Él se quedó mirándola, y del manantial de su ternura, también brotaron las lágrimas tranquilas, espontáneas... y se miraron los dos, se miraron al través del cristal de aquel llanto hermano, y sus dos almas se contemplaron desoladas, como náufragos en aquel mar, mar sin fondo y sin orillas en que se debatían desesperadamente.

Cuando Engracia terminó de dar el alimento al Padre Juan, lo acostó después de arreglar cariñosamente las almohadas: subióle el embozo, arregló los cabellos del anciano, con solicitud filial, y salió de la habitación, conteniendo los sollozos que la ahogaban.

— ¡Es un ángel, Dios la bendiga! — murmuró el Padre Juan; y luego, siguiendo cierta confusa ilación de sus ideas, agregó como hablando consigo mismo: — ¡Y yo que había pensado!...

Rafael María miróle ansioso un momento, palideció, y bajó los ojos lleno de turbación.

¿Qué habría pensado el Padre Juan a propósito de Engracia? Un momento después, ésta

reapareció trayendo una taza de café, que Rafael María tomó a sorbitos, mirando de cuando en cuando al Padre Juan que parecía dormir tranquilamente: se alejó hacia la ventana y se abismó en su lectura.

Desde allí oía Rafael María la gente que llegaba a la sala a informarse del estado del enfermo, y a veces, cuando el visitante era persona principal, o conocido suyo, salía del cuarto, quedamente, y recibía su visita. Cuando esto ocurría, Engracia venía a sustituirle en el cuidado del enfermo, y allí esperaba el regreso de Rafael María, quien sólo se alejaba del cuarto breves momentos.

En la pequeña villa de San Roque había verdadera expectación; el dolor embargaba a sus moradores, que amaban sinceramente a aquel sacerdote ejemplar que había apacentado su rebaño con toda la ecuanimidad de sus virtudes nunca desmentidas, jamás puestas en entredicho ni aún por las maldicientes de oficio. Habíase deslizado aquella vida dulcemente, serenamente, por los cauces del deber cristiano, como un arroyuelo de cristalinas aguas, que refleja en sus linfas todas las glorias del cielo dando vida y frescura a las flores que crecen cabe sus orillas, y ahora el arroyuelo fresco de *agua viva*, corría, como corre todo, a su fin, a confundirse en estrecho abrazo con el gran mar de lo infinito, para ser luego ola cantante en las arenas,

espuma blanca, cristal celeste, rosicler de auro-
ras trémulas al beso de la luz.

Los moradores de aquel risueño pueblo no
podían conformarse con la idea de que el reba-
ño quedase en la orfandad... ¿Dónde otro Pa-
dre Juan, dónde otro varón justo y virtuoso,
que moría casi en una indigencia simulada, a
pesar de lo pingüe de sus prevendas? Ah, no,
no era posible! El Padre Juan era un santo; 114
son ya tan raros los santos en este siglo de
egoísmos, de despreocupaciones, de claudicacio-
nes!

Rafael María permanece en el cuarto del en-
fermo, al cual ha entrado Engracia, de puntilli-
llas, sentándose a los pies de la cama. Hay un
sepulcral silencio apenas interrumpido por leve
rumor de conversaciones en la sala, donde el
padrino de Rafael María recibe las visitas, y
hace los honores de la casa como mejor puede.

También la vieja Tanasia, afligida y llorosa,
se asoma a intervalos al cuarto del Padre Juan,
y en voz baja pregunta a Engracia:

—¿Cómo sigue?

Engracia hace un gesto, el mismo gesto de
desesperanza con que ha contestado otras veces,
y la vieja se retira suspirando, angustiada.

La gran calma de la noche continúa, y sólo
se oye la respiración del enfermo, interrumpida
alguna rara vez por un suspiro que exhala de
su pecho.

De pronto exclama, con voz clara:

—¡Pobres hijos míos!

Y como si su propia voz le hubiera despertado, abre los ojos y pasea su mirada por la habitación.

Engracia se le acerca solícita.

—¿Quiere otro poquito de caldo?

—No, hija mía... Mejor un poco de agua...

Ella le trae de la mesa vecina un vaso de agua fresca y le da de beber.

—Gracias, hija mía, Dios te lo pague — murmura el anciano agradecido por aquella cariñosa solicitud. Un momento después pregunta a Rafael María: —¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—¡Todavía! ¡Drei que fuera más tarde... Acércate, quiero hablarte, aquí...!

Engracia abandonó la estancia, y Rafael María se arrodilló al lado del lecho para oír mejor.

Hablaron buen rato en voz muy queda. Rafael María conservó entre sus manos las del anciano, que sintió frías, con ese frío que acusa ausencia de sangre, de energías, ese frío que llega al corazón, casi lacerante, con esa sensación de angustia hacia algo enorme que debe llegar, que llega con la precisión de una lógica inflexible y fatal.

Después de una pausa, el Padre Juan terminó diciendo:

—Éscucha, hijo; si tu fe vacila, y tu corazón

flaquea en la jornada que has emprendido, llevando la pesada cruz que has alzado, antes que la hipocresía manche tu traje de apóstol, despójate de él primero, y sigue los impulsos de tu alma. Pero no lo manches! La hipocresía en el sacerdote es grave pecado... Sé fiel a tus promesas.

Rafael María no articulaba palabra: lloraba tristemente, los ojos bajos, sollozando enternecido por las exhortaciones del Padre Juan, tan cariñosas, tan llenas de unción, de piedad y de tolerancia.

El Padre Juan, rendido por el esfuerzo, había recobrado su posición horizontal con la ayuda de Rafael María, y pareció aletargarse un rato.

Rafael María le contemplaba, lleno de cariño, de admiración y, por qué no decirlo?, también de envidia. Aquella expresión seráfica ahora mucho más acentuada, parecía reflejar visiones celestiales que mantenían a aquella alma próxima a su tránsito, en divinos éxtasis, de los cuales lo distraía a intervalos la poca materia vencida ya y aniquilada que aún persistía allí.

Rafael María consultó su reloj; faltaban diez minutos para las doce: la hora tremenda anunciada ya por el Padre Juan como la última de su vida; Rafael María no lo dudaba; estaba seguro que así sucedería. El Padre Juan no podía equivocarse.

La voz queda del anciano le sacó de sus meditaciones

—Hijo, ve preparando lo necesario, se aproxima la gran hora. . . Ponme la extremaunción.

Rafael María se estremeció; volvió a la realidad, a la horrible realidad que se imponía ya, inflexible y cruel, en la hora precisa.

Salió del cuarto, temblando de emoción y de dolor, para regresar en seguida con la cajita de los santos óleos; tras él venía su padrino conduciendo algunos otros adminículos, y luego entraron en la habitación Engracia, Tanasia, y tres o cuatro amigos y allegados del Padre Juan que habían permanecido en la sala en espera del triste acontecimiento.

Todos se arrodillaron, y Rafael María, después de aplicar al agonizante la extremaunción, empezó a rezar el oficio de difuntos, arrodillado también al lado del lecho, cerca de Engracia y de su padrino.

La escasa luz circunscripta allí dejaba el resto de la habitación en una semioscuridad que hacía más tétrico el cuadro, y ponía un fondo de triste grandeza, de imponente majestad a aquella escena, que, a pesar de su natural frecuencia, nos sobrecoge y sorprende con una sensación de angustia tan honda, que parece anonadarnos.

Rafael María rezaba las oraciones del ritual, con voz insegura, mientras que por sus mejillas corrían las lágrimas que brillaban a la luz del amarillento cirio; su voz se alteró de pronto

aún más, y sus ojos quedaron fijos, como extasiados, mirando al moribundo que mostraba en su semblante una placidez celestial. Rafael María volvió a ver por tercera vez el halo luminoso orlando la venerable cabeza del anciano, y hubo un momento en que su voz se hizo ininteligible por la honda emoción que aquel fenómeno le causaba, cuya contemplación parecía una gracia especial, un don que Dios le concedía por su gran misericordia.

El reloj de la Iglesia dio doce campanadas lentas, sonoras en la apacible tranquilidad de la noche.

El Padre Juan abrió los ojos, paseó la vista a su rededor y exclamó:

— ¡Adiós, hijos míos!... — Con afán, casi maquinal, arrastró una mano hacia Rafael María y Engracia, quienes se apresuraron a tomarla simultáneamente; el Padre Juan retuvo entre la suya aquellas dos manos que se sintieron unidas por la mano fría que le daba el último adiós: fue aquella una extraña sensación para los dos amigos: dos corazones que caían en el estrecho hueco de una tumba. La vida y el amor que se unen palpitantes, un momento, en el regazo mismo de la muerte.

Ya el espíritu del Padre Juan había volado glorioso, radiante, a la región de las eternas armonías, y aún mantenía, cubiertas con su mano, las dos manos amigas, juntas bajo aquella ala

eucarística que sólo había sabido acariciar y bendecir en su terrena peregrinación.

Al caer la tarde del siguiente día ^h y después de un servicio fúnebre modestísimo, iba, camino al modesto cementerio, la fúnebre procesión que conducía a su última morada los restos queridos de aquel excelso y virtuoso sacerdote, que *nunca proveyó su bolsa de oro, ni de plata, ni dinero, ni tuvo alforja para el camino, ni dos ropas de vestir, ni zapatos ni bordón, porque siempre fué obrero l digno de su alimento.*

Todo el pueblo de San Roque marchó triste y silencioso tras el tosco ataúd, apenas forrado en humildísima tela. De dos leguas a la redonda acudieron los moradores de todas aquellas cercanías, a rendir el último tributo de su admiración, a aquel que merecía el título de Príncipe de la Iglesia, si es que la púrpura y la corona son el premio de las virtudes cristianas, y no los trofeos de la intriga, de la concupiscencia o de la vanidad.

Jamás los moradores de aquella modesta villa habían presenciado una multitud tan compacta y tan unificada en un sentimiento de dolor filial tan hondamente sincero.

Ya la noche envolvía en sus crespones la villa de San Roque, y aún regresaban del cementerio los grupos de campesinos, tristes y silenciosos, comentando la brillante y conmovedora oración fúnebre que el maestro de escuela

había pronunciado en el sepelio del Padre Juan, con el famoso tema «*Ecce Sacerdus Magnum*».

Rafael María había seguido al pie de la letra todas las disposiciones que el Padre Juan le dictara, encargándole la mayor humildad en el funeral y entierro. 16

Cumplidas las últimas disposiciones, y ya de regreso en la casa cural, Rafael María encerróse en su cuarto, donde dió rienda suelta a su dolor, evocando todos los recuerdos de su infancia pasada bajo aquel techo, al lado del paternal cariño del noble anciano, a quien había amado entrañablemente su pobre alma huérfana y sedienta de afecciones. 10

Va muy tarde, llamaron a su puerta quedamente.

Engracia, estaba en el umbral, triste, llorosa, cubiertos los hombros con un abrigo negro.

—No tiene gana de comer algo?— le preguntó ella, con voz llena de ternura fraternal que resonó dulcemente en el corazón de Rafael María.

—No, Engracia; no podría...

—Pero, señor, si hace casi cuarenta horas que usted no toma nada sólido... Eso no está bien... Puede enfermar...

—Gracias, ¡cuánto agradezco tus cuidados!— contestó él— Cree, que no siento necesidad... 17

Se miraron intensamente en la semi/oscureidad que les envolvía, y su pensamiento, unido en la hermandad de su dolor, voló hacia la tumba del Padre Juan, ya a esas horas solitaria/ bajo la

apacible serenidad de la noche. Sus almas se anegaron ~~de~~ ^{en} un mismo sentimiento de ternura y de piedad, y sin pronunciar una sola palabra, se abrazaron sollozando mientras [el llanto corría a raudales de sus ojos. ^o

— ¡Qué soledad más triste! qué vacío más desconsolador!—clamó Rafael María. ^{iq}

— Y yo, qué haré, sola en el mundo?—sollozó Engracia, con la mayor aflicción...

— Yo velaré por ti... Eres mi hermana—exclamó Rafael María con firmeza.

Se habían separado, y enjugaban sus lágrimas, el pecho más aliviado de la horrible opresión.

Ella, después de una pausa insistió:

— Venga al comedor... Tomará una taza de café siquiera.

Al pasar por el corredor, Rafael María ^o vio a su padrino que se paseaba pensativo y triste.

Le había unido al Padre una vieja y sincera amistad, y su dolor era intenso.

Aquel buen hombre no se había separado del féretro un momento, hasta la hora que lo depositó piadosamente en la sepultura—donde lo había llevado sobre sus hombros, sin haber permitido su relevo ni una sola vez, durante la marcha al cementerio.

Rafael María abrazó a su padrino, y juntos pasaron al comedor, donde Engracia les tenía preparado el café con algunos agregados.

Conversaron acerca de la desgracia que lamentaban, y ambos se mostraban satisfechos y

agradecidos de la hermosísima manifestación que el pueblo había hecho a la memoria del Padre Juan.

—Imponente, solemne, muy digna de él—decía Rafael María.

Antes de separarse esa noche, Rafael María hizo ciertos encargos a su padrino.

Deseaba que, entre tanto se disponía lo que había de hacerse, su padrino atendiera a las más urgentes necesidades de la casa cural.

Dos días después Rafael María regresó a San José, y volvió a sus quehaceres de coadjutor celoso y cumplido, pensando en que su trabajo asiduo distraería la honda pena de su alma.

Durante ese tiempo fue que Rafael María cobró fama de orador sagrado en varias pláticas y sermones; y hasta se pensó en encargarle una serie de conferencias sobre diversos temas que se juzgaba de actualidad, destinadas a las madres cristianas, a la mujer, sobre todo, objetivo y punto que siempre se ha juzgado como el más vulnerable para entrar al sagrado del hogar y dominar ciertas *rebeldías*.

Rafael María había declinado rotundamente ese honor, y continuó al servicio de su modesto empleo, sumiendo su espíritu en la lectura de ciertos libros que despertaban en su ánimo el eterno deseo del análisis. No le satisfacían las verdades *ya hechas* que ciertos libros le servían. El quería hacerlas, formarlas con elementos propios, a fuerza de estudio y meditación.

XXII

No faltaron a Rafael María *admiradoras espirituales* que aprovechaban cualquier ocasión y coyuntura para andar en consultas y futelezas, y visitarle con alguna frecuencia en su pequeña casa, cuya sala de recibo estaba amueblada con suma sencillez y modestia. Lo preciso, apenas lo indispensable, y tal vez ni eso.

Nada de esas refinadas coqueterías tan frecuentes en ciertos sacerdotes *a la moda*, amigos de recibir visitas, a cuyas puertas van a tocar a cualesquier hora del día o de la tarde, con pretextos pueriles, y a veces sin ellos, mozas guapas de aspecto santurrón, que se ruborizan al verse observadas por algún transeúnte que sonríe maliciosamente, y que luego son recibidas en una salita muy confortable, donde hay muchas flores, mucha estampa mística, y mucho adorno, ~~y donde nunca falta el mullido canapé que convida a la siesta y la digestión, y donde la charla y las risotadas suenan con toda la despreocupación de una intimidad familiar.~~

A pesar de que Rafael María estaba ya prevenido, por las observaciones que había tenido

oportunidad de hacer en algunos de sus colegas, cuya conducta lo chocaba profundamente, fue sorprendido más de una vez por algunas de sus admiradoras. 12

La última, una morena, la misma que había asistido al almuerzo el día de la misa, admiradora fervorosa de los ojos de Rafafel María, hubo de sufrir tal bochorno, que juró por todos los santos del cielo no volver, en los días de su vida, a saludar al Padrecito Rafael María. Ni siquiera la había hecho entrar; la había despedido muy cortésmente.

—Señorita, aquí no atiendo ningún asunto de carácter espiritual. Mañana, antes de misa, en la sacristía, tendré mucho gusto... ¿Qué incivil había estado el *Padrecito!*

El talento y las virtudes de Rafael María eran ya proverbiales, y ~~su nombre era~~ citado, a pesar de sus pocos años, como una esperanza como si principiara un resurgimiento en las costumbres de la clerecía, tan combatida a causa de los errores y depravaciones de algunos de sus miembros.

Después de algún tiempo, el gobierno eclesiástico pensó en utilizar tan buen elemento, dispuesto a confiarle una feligresía en un punto lejano, pero después se cambió de parecer.

El curato de la villa de San Roque permanecía acéfalo: los domingos comparecía el Padre

Félix Nicuesa, que era el cura más cercano; les cantaba una misa al vapor, bautizaba algunos niños, y luego se largaba, más que de prisa, a su casa de El Piñal.

Los feligreses de San Roque no estaban satisfechos de los servicios de aquel pastor, del que se referían hechos que llenaban de escándalo a las gentes, y todos se preguntaban cómo era posible que un sacerdote de tales condiciones, en que su estado de ebriedad era frecuente, no se hubiese separado de funciones de tan alta trascendencia, como las encomendadas a todo un representante de Cristo.

Los vecinos más principales de la villa de San Roque interpusieron su influencia, y pocos días después el curato de esta villa le fue ofrecido a Rafael María, con tal insistencia, que más parecía un mandato.

¿Quién mejor que usted—se le decía—hijo de aquel pueblo, hechura del inolvidable Padre Juan, para apacentar aquel rebaño? Es necesario que usted vaya a ocupar el puesto a que se le destina.

La primera impresión de Rafael María fue la de un temor, un temor vago, confuso, cuya causa él mismo no acertaba a explicarse...

¿Cómo—decía, movido por su humildad y por su ingénita modestía—cómo he de ir yo, ignorante, inexperto, a sustituir en sus funciones a aquel excelso varón, a aquel santo cuya vida

culminó como un astro de luz celestial, nunca eclipsada, jamás oscurecido por las pasiones humanas?

Y luego pensaba en aquel ejemplo vivo, y se resignaba a ofrendar sus mejores intenciones, su más firme voluntad para desempeñar aquella feligresía, como el único mérito que pudiera invocar en su descargo.

Pero un poco tranquilo con respeto a este punto, asaltábanle dudas, dudas que le hacían palidecer, que le causaban largos y penosos insomnios, como si todas sus facultades enmudecieran vencidas, aplastadas ante un problema inexorablemente planteado en lo íntimo de su conciencia, del cual no podía separar su pensamiento, que gravitaba como en un círculo vicioso al rededor de aquella cosa honda, tremenda, formidable que absorbía toda su alma, todo su ser, como una vorágine espantosa capaz de tragarse un mundo.

A veces, en sueños, se sentía caminar por un desierto de arenas infinitas, bajo un cielo negro de tristezas... Caminaba por un sendero que él reconocía como el único, claro y demarcado en la desolada llanura; y caminaba diligente, con su bordón de peregrino hacia allá, hacia adelante, hacia la luz del Oriente, que era como un punto luminoso en aquel mar de arenas y de tinieblas. El punto luminoso se agrandaba, se agrandaba, y entonces empezaba

a ver, lleno de admiración, cómo se iban recortando en el fondo de la noche, los contornos de una cosa enorme, colosal como un templo... Y se acercaba más; ya veía claramente, era la esfinge, una esfinge gigantesca; a sus pies terminaba el sendero, que parecía hecho exclusivamente para llegar hasta ella. A sus lados, los montículos de arena eran intransitables; los pies se hundían, como en un légamo que amenazaba sepultar al caminante. ¡Ah, la esfinge! Y entonces pensaba en la profunda sabiduría oriental, que en un símbolo esculpe toda una doctrina de la más trascendental filosofía.

¡Ah, la esfinge! Las garras y la cola del León, que son la fuerza; los pechos turgentes, la fuente de la vida, la eterna reproducción; las alas, tendidas a lo alto, el ideal, la gran ley de la evolución que asciende poderosamente en una espiral de planos infinitos hasta el soberano vértice del *Todo*; el rostro, la belleza, que es otra fuerza, la fuerza de la atracción, de la meditación que se impone al alma como la fuerza física al cuerpo; fuente de inspiración y propulsora de altísimos sentimientos, consuelo de ansias infinitas... ¡Ah, la esfinge!

Y él quedábase admirado contemplando aquel gran símbolo; la luz que irradiaba del rostro de la esfinge era cegadora. Su alma atribulada tenía miedo de contemplarla cara a cara... Mas después de un rato de meditación osó mirarla...

ya la contemplaba, ~~si, la miraba~~ lleno de asombro, de recogimiento religioso... La esfinge tenía el mismo rostro de Engracia, y resplandecía allí, en la soledad del desierto, como resplandecía en lo íntimo de su conciencia.

Después de estos sueños despertaba azorado, medroso... Cavilaba profundamente, y su alma, en que la levadura de la superstición ponía sus fermentos, como en la de todo creyente, quedaba suspensa en terrores que paralizaban todas sus facultades, en enorme paréntesis de inaniación en que sus ideas y raciocinios se diluían como una gota de color caída en el agua, que es paulatinamente invadida por un proceso físico, natural, lógico, para perder después toda la pureza y toda la diafanidad de su primitivo estado.

¿Era aquel un verdadero símbolo, una visión del porvenir, vista desde el limbo del sueño por las facultades anímicas en tensión, excitadas, violentadas a causa de su credo religioso, que con tiránica crueldad le llevaba, como bestia atada al ronzal, hacia el légamo traidor, que irremediablemente le tragaría, mientras que su corazón, sus tendencias, sus sentimientos, todo lo que hay de más digno y noble en la tierra, la finalidad humana, le hacían marchar por el sendero que moría a los pies de la radiosa esfinge?

Revolvíase en el lecho, que sentía ardiente, y

la carne le palpitaba rebelde; ya había notado esos tremendos síntomas, que le hacían levantarse ojeroso y doliente, con cierta sensación de asco hacia su cuerpo, y para calmar esos estados dejaba el lecho y se metía en el baño, no importaba a qué hora de la noche o de la madrugada. Después lograba dormir un poco, al arrullo de la benéfica reacción física que se operaba. Volvía luego a ser dueño de su voluntad, y animado por su fe, después de cumplir con sus deberes espirituales, le parecían ridículos sus temores y desfallecimientos, mirajes de su optimismo, y exclamaba valerosamente:—La voluntad mueve montañas... Yo reduciré a polvo la esfinge que estorba mi marcha hacia *allá*.

Rafael María aceptó, pues, el curato de su villa natal, con aparente tranquilidad y satisfacción, por más que sentía en lo íntimo de su alma una secreta angustia que en vano trataba de ahogar. Empecemos el calvario — se había dicho—la virtud y la fe no existen, entretanto que los hechos consumados no lo hayan demostrado. La fe y la virtud enclaustradas no son más que palabras sin sentido, ideas vanas, obsesiones del alma. Los quilates del oro sólo se prueban en la piedra de toque bajo el ácido implacablemente corrosivo, fuerte como la verdad misma.

Hizo sus preparativos de viaje, y emprendió la marcha hacia su destino, fuerte y resuelto

como el gladiador que se presta a la tremenda lucha contra las fieras, confiado más que en el temple de sus armas, en el de su fe, arma poderosa que lleva en el puño, cincelada, la efigie de la victoria.

* * *

Fue aquél un día de fiesta para los moradores de la modesta villa de San Roque.

Muy temprano, desde los aldeaños y pueblos circunvecinos, empezaron a llegar jinetes, que se reunían frente a la casa cural, en cuyas puertas colgaban guirnaldas y flores, para salir, a una hora convenida, hacia la estación del ferrocarril al encuentro del nuevo pastor que venía a apacentar aquel rebaño, precedido por la fama de su talento y de sus virtudes.

La vieja Tanasia, ya muy achacosa, no cabía en sí de gozo, y había estrenado unas enaguas negras y un pañuelo bordado, de igual color, que le daban el aire de una dueña, y Engracia, también ataviada con lo mejorcito de su guardarropa, iba y venía afanosa preparando el almuerzo, que, según los hervores y vahos que salían de la cocina, debía de ser succulento y abundante.

El padrino de Rafael María había corrido, como siempre, con el gasto de la fiesta, sin omitir un buen número de cohetes y petardos que se harían estallar en cuanto la cabalgata llega-

se a la calle ronda, al propio tiempo que las campanas del templo romperían, jubilosas y sonoras, en largos repiques.

Cerca de la casa cural había un gran arco de follaje y de flores que ostentaba un letrero en grandes caracteres que decía: «Bien venido el que viene en nombre del Señor», y un gran trecho de la carretera estaba adornado con matas de plátano y con cañas de azúcar clavadas en el suelo.

Cuando Rafael María dejó el tren, llegaba la caballería, fuerte de más de cincuenta jinetes, que al reconocerlo prorrumpieron en vítores de alegría y de regocijo.

Profundamente emocionado por aquella manifestación de simpatía, agradeció vivamente, con palabras llenas de ternura, aquel sincero agasajo que él no merecía, y que sólo podía atribuir a la benevolencia de sus conterráneos, por cuya ventura espiritual hacía los más fervientes votos.

Pocas horas después las campanas repicaban alegremente, y el estallido de los petardos y de los cohetes anunciaba a los moradores de San Roque, que el nuevo cura, el Padre Rafael María, hijo predilecto del terruño, tomaba posesión del curato de la villa.

El júbilo era general, y Rafael María se mostraba afable y cariñoso con todos aquellos que quisieran venir a saludarle, compartiendo su dulzura y su bondad hasta con el mendigo astroso

que allí llegó para estrecharle la mano. El almuerzo estuvo animado, y no fue sino muy entrada la noche, cuando se vio un poco libre de visitas y salutations. 12
10

Poco después se retiró a su cuarto, el mismo que ocupara el Padre Juan, que había sido restaurado en parte, y dejóse caer en una mecedora, allí cerca de su catre, para leer el oficio del día.

Antes de abrir el libro, quedóse en actitud meditabunda con los ojos fijos en el rincón del cuarto, antaño ocupado por el lecho del Padre Juan, y su imaginación empezó a reconstruir aquellas escenas de dolor que tan hondamente tenía grabadas en el alma.

Veía al Padre Juan en su lecho de muerte, hieráticamente tendido, la noble cabeza destacándose sobre la blancura de la almohada, como un santo que durmiera ~~en~~ la majestad de un Dios, y veía también el halo luminoso, el aura beatífica que brillaba con luz blanca, y que ponía reflejos sobre aquel semblante marfilesco, de Cristo antiguo, bañado por una serenidad, por una placidez, tan honda, tan intensa, como si un espíritu extraterreno lo animara y le infundiera no sabía qué gloriosas visiones. Comp

Y luego se veía Rafael María a sí propio, arrodillado frente al lecho del moribundo, al lado de Engracia, que tenía su mano junto a la de él, y las dos entre las manos huesudas y

frías del Padre Juan, quien las apretaba y las unía en las últimas convulsiones de la carne que se helaba de tristeza y de muerte, al sentirse abandonada por aquella alma toda luz, toda armonía, que se alzaba triunfante, que se iba limpia y sin mácula, dejando allí la envoltura de su materia, que no logró nunca esclavizar en el cubil de la bestia a aquel espíritu redimido en una vida santificada por la más tremenda de las luchas.

Y volvía a sentir sobre su mano la delicada sensación, el dulce calor de la mano de Engracia, que el Padre Juan había reunido en la suya, en el soberano trance de su despedida.

La visión se había esfumado; ahora estaba el Padre Juan, de pie, delante de él, todo blanco, de una blancura astral intensa, que refulgía como un haz de luz, el índice de su diestra levantado, con ese ademán de predicador que señala al cielo como la fuente inspiradora de sus altos ideales.

Y la visión habló; habló suavemente, con una dulce voz que más parecía un susurro cariñoso, aleteo de alas blancas y sedeñas: «Sé fiel a tus promesas... No manches tu traje de apóstol; antes despójate de él...»

Rafael María permaneció largo tiempo allí sobre la mecedora; de pronto un suspiro que terminó en sollozo, o más bien en un gemido febril, dilató su pecho, y abrió los ojos sorprendido.

La veladora ardía, con luz tenue, sobre una mesita, a la vera del lecho, como una mosca de oro que aletea sobre el aceite antes de hundir en él la gloria de sus alas.

—He soñado... ¡Oh visión de luz, no me abandones! — dijo, pensando en el Padre Juan.

Una calma sepulcral reinaba en toda la casa; apenas llegaban a sus oídos las estridencias que a intervalos dejaban oír los grillos en el jardín, lentas, uniformes y monótonas como si fuesen las pulsaciones de la gran sombra de la noche.

Arrodillándose Rafael María en su reclinatorio y después de orar largamente, se recogió evocando mil recuerdos.

Era la primera noche que pasaba en la casa cural, en su calidad de jefe de aquella feligresía. Contaba a la sazón veinticuatro años.

XXIII

Rafael María se encontraba ya instalado en el curato de San Roque; desde los primeros días comprendió que el trabajo de la feligresía era poco, y mucho el tiempo que le quedaba libre, y que podía dedicar a otros quehaceres aquellas largas horas que se arrastraban perezosamente en el bochorno del día, en aquella vida tranquila y monótona del campo.

Ideó el arreglo del jardín, y trazó un nuevo plan: se propuso cultivar flores raras, y con frecuencia pedía semillas nuevas a los más entendidos floricultores de la capital, e ideaba injertos caprichosos y ensayaba cuantos medios estaban a su alcance, para producir los más raros ejemplares a que llega la ciencia con sus inagotables recursos, entre los cuales la constancia viene a ser uno de los más principales.

En las horas del día, cuando el sol calentaba con toda su fuerza, Rafael María abandonaba la azada, y después de cambiarse la sotana y el calzado, se entregaba a la lectura, procurando la mayor variedad en ella, y para evitar la monotonía consiguiente, leía paseando por el corre-

dor medio cubierto por una enredadera que iba tejiendo, en esa labor invisible, pero constante, sus tiernos renuevos que, como los tentáculos de un pulpo, van agarrándose por la alambra hasta cubrirla toda con la maravillosa urdimbre de su follaje. Pero, después de una hora de ir y venir por el corredor, en ese doble ejercicio del cuerpo y de la mente, sentíase cansado, y la fatiga le hacía buscar su lecho, donde se dejaba caer como alcoholizado. Allí solía, las más de las veces, dormir una siesta, de la que se levantaba luego amodorrado, disgustado de sí propio, con una sensación de aturdimiento que le desorientaba y le dejaba en estado de inconsciencia, como si por momentos todas sus facultades intelectuales sufriesen un eclipse total por alguna sombra enorme, densa, que envolviera en sus pliegues toda su voluntad.

Generalmente hallaba allí, a su vera, en la mesita, un vaso de limonada, cubierto con un platito de cristal; sonreía agradecido y lo apuraba ansiosamente. Ya sabía que tenía que agradecer a Engracia esas atenciones. Un poco más reportado daba otros paseos, y de nuevo abría el libro y se sentaba en la sala, cerca de la puerta, desde donde contemplaba la plaza, sombreada por copudos mangos e higuerones, en la cual ramoneaban dos o tres cuartagos y se refocilaban algunos perros del vecindario.

Otras veces tomaba su parasol, y salía para

dar un paseo por calles excusadas, y le gustaba mirar los sembrados y el interior de ciertas viviendas, a la puerta de las cuales algunos chicos desastrados devoraban su merienda en escudillas de barro.

Con frecuencia se encontraba con labradores que regresaban de sus faenas, sudorosos, con la pala al hombro y el machete al cinto, que le saludaban cariñosamente quitándose el sombrero de palma.

— Buenos días le dé Dios, *tata Padre*.

Él les devolvía el saludo con igual afectuosidad, y a veces solía echar su palique con algún conocido, evitando, siempre con tino y circunspección, aceptar las invitaciones que con insistencia se le hacían, de entrar a visitar, sobre todo, si en la casa había mozas de buen ver.

Llegaba a la casa cural, sudoroso, distraído, casi contento, y después de un rato sentábase a la mesa, solo, a tomar su comida sencilla y frugal.

Después recibía la visita de algún vecino o amigo, y muy temprano recogíase a su cuarto, leía el oficio del día, y después de rezar sus oraciones metíase en el lecho.

Tal había sido la vida da Rafael María los primeros días de su curato en la villa de San Roque, y él se preguntaba a veces, si eso era todo y a eso se reducía el sublime apostolado que con tanto amor, con tanta fe había proseguido.

lm